

N. Alcalá Zamora  
Miembro de la Academia Española

## Contrastes académicos



La penúltima elección en la Academia Francesa, rodeada de insólito apasionamiento, nos advierte que aun en plena normalidad de régimen, se siente ese impulso de llevar al seno de entidades, tal es el eco de la pasión política, con el intento de uniformidad, o cuando menos de evitar las acentuadas disonancias.

Desde fuera de España, por necesidad y desgracia; desde fuera de los bandos combatientes, por convicción y fortuna; desde fuera de las academias, por incompatibilidad con el sectarismo, aun fingido como sentimiento, o tascado como freno; veo de lejos el peregrino intento de domesticar dócilmente, aun más sumisas, que ya siempre lo fueron, las doctas corporaciones.

El empeño me parece absurdo. Propendieron las entidades a la opaca discreción, y se les impone la obscura uniformidad. Se inclinaban inevitablemente a la derecha, y se les exige la reacción absoluta y franca. Formaban remanso, y en vez de agitar la corriente y aun ensayar el remolino, se asegura el dormido estancamiento. No bastaban la pausa y la cautela para marchar; se quiere parálisis de función y atrofia de orga-

nismo. Era garantía de tranquilidad la observación, proclamada por Barthou, de que las academias, por ser una tradición, son defensa de todas las tradiciones. Su solera es tal, que pudiera hacerse el experimento de llenarlas con mosto nuevo en plena fermentación revolucionaria, y a corto plazo el experto catador percibiría allí aroma de añejo y clásico vino.

La vida académica, sepultada bajo la uniformidad, sólo puede reanimarse y sostenerse por los contrastes, necesarios en todo: en la sucesión de los sillones, en las tendencias representadas, en las que simbolizan o defienden el recipiendario y quien le contesta. La libertad siempre bendita debe ser allí sagrada.

Cuando yo entré, en la plenitud iniciada de mi vida, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, encontré la tradición, basada en una errónea apreciación de la cortesía según la que al electo sólo debía elogiársele por su obra, pero sin contradecirle por el discurso que leía. A tal extremo se había llevado la norma, que en algún caso el que contestaba, hallándose en substancial desacuerdo con la tesis del discurso de ingreso dejó todas las observaciones para una moción posterior. No he compartido tal criterio; y en mis contestaciones la discrepancia, la controversia, han surgido precisamente como homenaje de impresión causada por lo que había sido el primero en leer, y el más obligado a comentar.

Un literato francés, que hacía la crítica de las soemnes recepciones en la Compañía de los 40, madre

de las otras academias, defendía siempre el contraste como una necesidad. Cuando vió al sacerdote Bremond —que no tenía por cierto su predilección— reemplazar a un historiador de la Iglesia, y ser contestado por un obispo, futuro y previsto cardenal, quejábbase el crítico de la monotonía excesiva, en que todo y todos parecían officiar de pontifical. Expresaba su ideal exagerado y humorístico en la sucesión, o la contestación de un prelado por un autor de comedias ligeras, o viceversa. El modelo preferido era la recepción de Pasteur, bacteriólogo y creyente, sucediendo a un gran filólogo positivista; y además para completar el contraste, frente al hombre ingenuo para el que sólo existían las verdades experimentales del laboratorio y de la clínica, y las revelaciones morales del Evangelio, se había levantado Renán, con toda su cultura teológica, orientalista y filosófica, y con todo el largo drama de conciencia del descreimiento. Solía evocar también otra acogida célebre, en que la representación del librepensamiento francés, siempre teñida de reminiscencias religiosas, debía celebrar la gloria, entonces en el cenit del ingeniero que había pasado ya de Suez, sin haber llegado aún a Panamá.

Carracido, aquél sabio ameno, en quien la química, conservando profundidad de metafísica, ganaba encantos de literatura, solía referir a propósito de Renán que a la muerte del pensador francés, se apartó la candidatura de un prelado, ofreciéndole la vacante, que él no aceptó, por ser el elogio imposible. Ni siquiera

difícil; hubiera podido ser una obra maestra del género académico, honda y emotiva, piadosa y apológica, fraterna y ortodoxa.

No ha mucho, uno de los discursos más afortunados en la Academia Francesa, fué el de un sabio, representante de esa física moderna, temerosa por profunda, vacilante por culta. Y no hablaba de su especialidad, al suceder a un historiador de la época contemporánea. Es verdad que cabría decir que cuando el sabio se llama el duque de Broglie, tal historia es un recuerdo imborrable de niñez, aprendido y grabado como el más impresionante cuento oído a un abuelo: cada fecha un eslabón de prólogo o de epílogo, respecto del 16 de mayo, famoso y decisivo.

La Academia Española supo sacar partido de los contrastes. Así la intransigencia, tan erudita, pero tan apasionada, de Menéndez Pelayo, el historiador, o el acusador, de los heterodoxos españoles, sañudo aun con los más pretéritos, hubo de hacer justicia, al contestarle, a quien ante él merecía ese concepto, a Pérez Galdós.

Fué sobre todo en la sucesión de las cumbres de todo orden, donde la Academia utilizó su plena libertad, para buscar con fortuna la renovación del contraste. Procuró para ello, saltar a otra cordillera del saber o del arte, eludir un picacho de la misma, que comparativamente pudiera parecer hondonada, con riesgo de inferioridad para el electo, y apariencias de desdén hacia la dificultad de reemplazar al desaparecido.

Murió un día el poeta más grande y más famoso de

los contemporáneos: el que había dado a la escena el drama más popular, aunque no fuese el de máxima originalidad; el cantor y heredero castellano de la leyenda y la fantasía árabes, coronado con el oro que arrastran las arenas del Darro, el primero, o el único, que como expresión viviente de la poesía, escribió su discurso en verso. No se pensó en otro poeta. Buscóse casi en la celda y con hábito de agustino, más que en palacios y con púrpura de cardenal, prefiriéndose un espíritu retraído por sencillo y huraño por bueno, un alma abstraída en la meditación, casi desdeñosa de las sillas metropolitana de Sevilla y primada de Toledo, que hubiese querido no salir de su diócesis cordobesa, cuya Sierra había impresionado las sienes pensadoras con el recuerdo de que también a los filósofos árabes les llevara en otro tiempo el renacer perenne de la doctrina aristotética.

Murió otra de las cumbres de la poesía y del teatro, que había sabido dar ambiente de drama romántico y cuadro de sociedad española como fuerza del sino, a la fatalidad pagana y clásica, diosa de la tragedia antigua. Para el sucesor la debilidad de ensayos poéticos era el único lado vulnerable y borroso: se vió y se buscó en él a un coloso de la palabra, la política y la historia, que había venido con expresión arrogante a continuar la de España.

Desaparece el más excelso prosista contemporáneo, que había desenvuelto problemas morales e ideas filosóficas con gracia y facundia insuperables en ficciones

de localización andaluza y encarnaciones populares. Se excluye para la sucesión todo turno de noveladores o estilistas, aunque supiera escribir muy bien el reemplazante, ya dando claridad a sus geniales descubrimientos de histología, ya elevando el pensamiento de sus charlas de café. Pero lo esencial era saltar desde la memoria de un supremo hablista a ratificar la gloria del sabio, que había merecido el premio Nóbel.

La sociedad española contemporánea y la historia toda del siglo XIX habían sido noveladas por un hombre, que supo crear o manejar las almas de millares de seres humanos, inventados o reales, como si fuesen mecanismo que rigiera su imaginación. Para reemplazarle, sin opción posible ni en la novela ni en la historia, se busca un asceta de las matemáticas, a un mago de la mecánica, que quizás no hubiese dedicado un vagar de su vida a leer relatos fantásticos ni su antecesor, pero que había sabido dar a su inteligencia alas de imaginación para que la maquinaria soñara en tener resortes parecidos a un alma.

Fué otro caso el de la última silla de la Academia. Créose para que la ocupara como escritor, quien hubiera podido construirla como obrero, y antes de sentarse como académico pretendió cuidar de los sillones cual mozo de oficio. Fué luego el sucesor de Hartzenbusch el más grande erudito español, cuya memoria completó el prodigio de retener lecturas que en vida larga parecían inverosímiles, y en años juveniles creyéranse imposibles o maravillosas. Tampoco se pensó al morir esta otra

cumbre en ningún investigador o crítico de bibliotecas: se eligió a un lector profundo de otros libros quizás más oscuros, de las almas humanas, sobre todo de las femeninas, cuyos jeroglíficos ya entreabiertos para Campoamor en la lírica, supo el otro descifrar en el teatro.

Esas sucesiones de Zorrilla, por Fray Ceferino; del Duque de Rivas, por Cánovas; de Valera, por Ramón y Cajal; de Galdós, por Torres Quevedo; de Menéndez Pelayo, por Benavente: esas elecciones que honran a una cultura y son aciertos excepcionales de una Academia, requieren el ambiente de la plena libertad, y confirman o asientan la ley necesaria, renovadora del contraste.

Pau, Bajos Pirineos, julio de 1938.